

Carta de Don Manuel Castillo Quijada sobre el Cáceres de principio de siglo

Documento entrañable de quien fuera Director del Instituto General y Técnico de Cáceres desde 1901 a 1918 y cofundador de la «REVISTA DE EXTREMADURA»; que reproducimos —transcribiendo y enmendando algunas incorrecciones o defectos de máquina—, gracias a la amabilidad de Jaime Naranjo Gonzalo que nos ha cedido una copia del original.

En esta carta don Manuel Castillo vuelve a rememorar con toda nitidez, a pesar de su avanzada edad —92 años—, la sociedad y las familias cacereñas que protagonizaron los primeros lustros del siglo XX. En sus evocaciones casi reconstruye lo que se narra en los capítulos VI, VII y VIII de mi libro *El Instituto Provincial de Segunda Enseñanza (Ciento cincuenta años de historia educativa) (1839-1989)* que publiqué en 1997 para conmemorar este centenario académico; pero en la carta a su exalumno don Manuel añade la pasión, el entusiasmo, el respeto y la admiración que sintió por Cáceres en sus diez y siete años de vecindad laboriosa y fructífera. Por eso hemos querido incluir este testimonio singularísimo en nuestro número de la revista «ALCÁNTARA» dedicado al siglo XX, pensando en que muchas familias cacereñas se verán reflejadas e identificadas en los sentimientos del Profesor Castillo, que tan amplia huella dejó en nuestra sociedad.

En esta carta, escrita ya hace cuarenta años y que por tanto podemos considerar como un documento histórico, se citan elogiosamente apellidos y familias que siguen manteniendo en nuestra ciudad actual,

de finales de la centuria, una vigencia social destacada y siguen mereciendo los laudos que don Manuel Castillo les atribuía; por eso no hemos pensado nunca evitar o disfrazar estas citas para que nuestra aportación al publicarla conserve todo su sabor y su valor como documento.

MARCELINO CARDALLIAGUET

México, 7 abril 1961

Sr. D. Juan Pérez García

CÁCERES

Mi muy querido Juanito: Sorpresa y, no poca, al mismo tiempo que emoción, me produjo tu inesperada carta del 31 del pasado Marzo. Sorpresa justificada, porque hace ya tanto tiempo en que, por circunstancias de la Guerra, abrieron con sus fatales consecuencias, un paréntesis que, parece, no tienen fin en las comunicaciones, acentuado por nuestro desplazamiento a más de 5.000 kilómetros de distancia, que centuplica, por cada día que pasa, el amor a nuestra Patria y honda emoción por el recuerdo de aquellos tiempos de la, entonces, efímera vida cacereña, de resignación y de apatía de sus habitantes, salvo algunas honrosas excepciones, cuando yo me incorporé al Instituto cuyo personal, todo, sin excepción, se había amoldado a compartir todas aquellas tristezas sociales, en que la vida pasaba, pasiva y rutinaria, sin hacer nada práctico para despertar a ese inolvidable y abandonado pueblo del mortífero letargo en que yacía. Porque, en verdad, en el Instituto, una reunión muy respetable de Profesores, montados a la antigua, muy buenas personas, como tú dices, pero que se amoldaron a aquel letal ambiente, mientras la juventud que acudía a sus aulas truncaba su positivo valer y su porvenir, precisamente, en la edad crítica de las ilusiones, más atraída por el Casino y por la caza que por ansias culturales. Baste decir que el verdadero Director del Instituto y el Secretario y Administrador libre de los fondos del Instituto, era aquel Conserje, Pepe, que, alegremente, gastaba en nocturnas y diarias jergas el dinero de aquel Centro, llamando la atención de las Autoridades, sin que nadie le viniera a la mano, ni se molestase a discurrir sobre aquel estado de cosas, por lo que toda la vida del Instituto, si

aquello lo era, a la una de la tarde quedaba abandonado en absoluto, con todas las puertas abiertas, a merced de los pordioseros y de los maleantes, para cobijarse por la noche en sus claustros, con la seguridad de que nadie les molestaría... porque nadie se enteraba. Ese era el verdadero cuadro que presentaba aquel primer Centro de la Cultura cacereña y hacía inútil su alta misión, cuando yo llegué y empecé a sufrir con tal espectáculo, imponiéndome con toda la fuerza de mi voluntad, inventándome trabajos, sin otra remuneración de que contribuyeran, dentro de mi esfera de acción, a despertar en lo posible los valores incalculables que representabais los jóvenes, muchos de los cuales fracasaban por los motivos antedichos; fracasos que estimulaban mis esfuerzos, en bien de ese pueblo que merecía mejor suerte, y al encargarme de la Dirección del Instituto, la vida de éste cambió por completo, rejuveneciendo el propio edificio donde estaba instalado, hacía más de cien años, modernizándole merced a unas obras de importancia, cuyo expediente, aprobado, lo mismo que su presupuesto, yacían durmientes bajo el polvo de uno de los estantes de la Sección correspondiente del Ministerio, logrando que las obras se subastasen y se hicieran, teniendo la suerte, en el concurso abierto, se quedase con ellas el Contratista y Maestro de Obras Rufino Molano, que a su competencia, en tales menesteres, añadía una honradez a toda prueba, y terminadas y recibidas las cuales, empezó la reorganización de todos los servicios, adquisición de material de enseñanza moderno, y seleccionado el mueblaje de las aulas, la reparación de los aparatos del Gabinete de Física, del de Historia Natural, la instalación del Observatorio Meteorológico, cuya falta se notaba en el de Madrid, la creación de las aulas de Caligrafía y Dibujo, instalación del Paraninfo, que era una gran habitación vacía, la Dirección, la Sala de Profesores, y la Secretaría, etc. Instalación de luz eléctrica y de timbres en todo el edificio, y otras positivas mejoras que con el personal docente que iba llegando, animoso y bien preparado, recién salido de las oposiciones, que fue sustituyendo a los veteranos que tú recuerdas, jubilados o fallecidos, se transformó el Instituto, notándose inmediatamente con el aumento extraordinario de la Matrícula y de los Colegios incorporados, lo mismo que la de la Enseñanza Libre, etc. coronándolo, todo, la respuesta de la opinión por la confianza que ya inspiraba el Instituto, a cuyos actos oficiales acudían todas las Autoridades y Corporaciones, estudiantes y padres de familia, que, hasta

entonces, brillaban por su ausencia, surgiendo una generación de alumnos que emprendían sus carreras con mayor éxito y que retornaban a Cáceres y su provincia, no a mendigar un empleo de mil pesetas anuales, como hasta entonces, sino a ejercer su profesión o a continuar, como tú, la obra iniciada por su padre, y aplicando tus conocimientos a mejorarla y a aumentarla, sobre tan sólida base, contribuyendo al aumento de su riqueza y de su economía, surgiendo los Hurtado, los Pepe y Miguel Muñoz, los Muñoz Casillas, los Villegas, los Montánchez, los Murillo Iglesias, los Acedos, los Criado..., los Málaga, los Florianos, los Sánchez de la Rosa, los Leal Ramos, los Juan Luis Cordero, los Canales, los Grande Baudeson, que iniciaron un movimiento progresista, hasta entonces desconocido, fundando el Ateneo que tanto bien ha hecho esa patriótica obra, fundando Revistas, como «ALCÁNTARA», que tanto recuerda a la gloriosa REVISTA DE EXTREMADURA que descubrió escritores y poetas desconocidos, como Mario Roso de Luna, Gabrile y Galana (sic), Vicente Paredes, Sanguino Michel, siguiendo la inspiración y la conducta de aquel ilustre cacereño Publio Hurtado, mi fraterno y admirado amigo que con su hermano el ilustre poeta, Don Antonio, y sus hijos, los artistas Gustavo y Manolo Hurta, que tanto contribuyeron a elevar el nivel cultural de Cáceres. Esos, y no otros, fueron los que sentaron un positivo futuro, ya realidad, de que goza actualmente Cáceres, no un pueblo abandonado, como antes, sino considerado entre los que justificadamente figuran en el perímetro nacional, como de vida propia, y contribuyentes en primera fila a la vida nacional. Tu padre y tu tío, Víctor García, grandes amigos míos, que tanto trataron con Don Joaquín Castel y algunos otros, por el bien de Cáceres, ciudadanos laboriosos e inteligentes, humanos y, sobre todo, buenos, que tenían una gran visión y un corazón que no les cabía en el pecho, abierto siempre a toda obra benéfica o conveniente a Cáceres. Su recuerdo levanta en mi ánimo sentimientos de ternura incontenidos, mirando a aquellos tiempos en aquel pueblo, en el que pu... presión mi modesto valer y mis energías, de la mejor etapa de mi vida, recordando también a EL NOTICIERO, al que tanto debe esa capital y su provincia, vocero de sus derechos, con campañas, como la de Las Hurdes, la de la traída de aguas potables eterno problema de México, la de la construcción del puente del Tajo, obstaculizada por un aristócrata encopetado, que monopolizaba la barca que explotaba el paso del Tajo, de vehículos, peatones

y ganados, para ostentar sus beneficios en los salones de su clase en (Madrid), la de la elevación de las Escuelas Normales, hasta entonces Elementales, a Superiores, elevando la cultura y la preparación de sus alumnos, al par que sus derechos a ejercer la profesión, en las Escuelas de mayor categoría que antes les estaban prohibidas, etc.

Por eso, querido Juanito, cuando miro hacia atrás y considero aquellos tiempos y recibo tan a menudo cartas espontáneas de mis antiguos discípulos, que aún me recuerdan tan cariñosamente, como la tuya y las de otros de esa, de Salamanca y de Valencia, llego a convencerme, casi arrumbado físicamente, a mis 92 años, de que mi modesta labor docente y educativa, no ha sido inútil, que tan felices frutos ha dado, labor muchas veces plena de sacrificios, al par que de fe y entusiasmo, por contribuir al bien de los demás y al de mi Patria.

Pero, en este momento de tecleo, me doy cuenta de que te estoy dando la lata, y corto, para felicitarte por lo bien que has seguido en todos sus aspectos, el camino que inició tu inolvidable padre, mi íntimo amigo Tomás, DON TOMÁS, Pérez, del que tantas veces me he acordado, y puedes estar satisfecho de que, como buen hijo, hayas continuado su conducta, acrecentando con tu trabajo, su obra.

Un abrazo a todos los amigos, que son legión, rogándote que hagas una visita en mi nombre a la viuda y a los hijos de Gustavo Hurtado, a quien no escribo, directamente porque ignoro sus señas, presentándoles mis sinceras condolencias por la irreparable pérdida que su fallecimiento ha supuesto, para ellos, para la enseñanza y para su pueblo Cáceres.

Reitera su más cariñoso abrazo, tu siempre amigo, agradecido por tu recuerdo y viejo Maestro:

MANUEL CASTILLO